

**CURSO DE FILOSOFIA PARA CIENTIFICOS.** «ESTA INTRO-  
DUCCION FUE DICTADA EN OCTUBRE-NOVIEMBRE DE 1967  
EN LA ECOLE NORMALE SUPERIEURE DE PARIS... LA PU-  
BLICO, ADEMAS, COMO UN TESTIMONIO RETROSPECTIVO,  
EN EL QUE PUEDEN ENCONTRARSE LAS PRIMERAS FOR-  
MULACIONES QUE HAN ABIERTO UN NUEVO CAMINO EN  
NUESTRAS INVESTIGACIONES SOBRE LA FILOSOFIA EN  
GENERAL Y LA MARXISTA EN PARTICULAR. EN EFECTO,  
EN TRABAJOS ANTERIORES (EN POUR MARX Y EN LIRE  
LE CAPITAL) DEFINIA LA FILOSOFIA COMO «TEORIA  
DE LA PRACTICA TEORICA». EN EL PRESENTE CURSO,  
EN CAMBIO, APARECEN CIERTAS EXPRESIONES INNO-  
VADORAS: LA FILOSOFIA, QUE NO TIENE OBJETO (EN EL  
SENTIDO EN QUE UNA CIENCIA TIENE UN OBJETO PRO-  
PIO), SI TIENE CAMPOS DE INTERVENCION (ENJEUX) ES-  
PECIFICOS; LA FILOSOFIA NO PRODUCE CONOCIMIENTOS,  
SINO QUE ENUNCIA TESIS, ETC. LAS TESIS DESPEJAN EL  
CAMINO PARA EL PLANTEAMIENTO CORRECTO DE LOS  
PROBLEMAS DE LAS PRACTICAS CIENTIFICA Y POLITICA,  
ETC. EXPRESIONES AUN ESQUEMATICAS QUE EXIGEN UN  
PROLONGADO TRABAJO PARA PODER PRECISARLAS Y  
COMPLETARLAS.»

FILOSOFIA/PAPEL 451/EDITORIAL LAIA

# **CURSO DE FILOSOFIA PARA CIENTIFICOS**

INTRODUCCION: FILOSOFIA Y FILOSOFIA ESPONTANEA  
DE LOS CIENTIFICOS (1967)

**LOUIS ALTHUSSER**

FILOSOFIA/PAPEL 451/EDITORIAL LAIA

(el control crítico de los inevitables efectos de la ideología sobre la filosofía gracias al conocimiento de los mecanismos de la ideología y de la lucha ideológica: en particular, gracias al conocimiento de su acción sobre la filosofía).

## II. Existe una filosofía espontánea de los científicos (FEC)

Ahora podemos pasar ya a este segundo punto.

Quizás ahora se comprenda mejor el sentido de la fabricación de «nuevas» filosofías, de «verdaderas» «filosofías de la ciencia» por unos científicos impresionados por la «crisis» de una ciencia. En la medida en que no hacen sino repetir ciertos temas espiritualistas o idealistas, «trabajados» durante siglos de historia de la filosofía, pasan a ocupar un lugar, aunque sean científicos, en la gran tradición de quienes explotan las ciencias con fines apologéticos, y naturalmente sin el contrapeso del materialismo, y sin el control crítico que puede garantizar, en el seno del materialismo, el conocimiento de los mecanismos de la ideología y de sus conflictos de clase.

Pero al mismo tiempo podemos comprender algo más: aquello que nos revela la actitud de los científicos aplicados, constantes y silenciosos que, dentro de la misma pseudocrisis, prosiguen su trabajo obstinadamente y lo defienden con argumentos, siempre los mismos, que los grandes filósofos de la «crisis» califican de ingenuos y de materialistas. De este tipo de científicos (los que adoptan la primera actitud) casi no hemos dicho nada. Y sin embargo es a esos a quienes un Lenin, que ataca violentamente a los otros, defiende cuando evoca su «instinto materialista». En efecto, esos científicos no afirman ostensiblemente que «la materia se ha desvanecido»: por el contrario, piensan que la materia sigue subsistiendo y que la ciencia física proporciona precisamente el conocimiento de las «leyes de la materia». Esos científicos no

precisan de una filosofía neocriticista que renueve la idea que tienen de la ciencia y de las «condiciones de posibilidad» del conocimiento científico; no precisan de una filosofía que les garantice que sus conocimientos son eso, conocimientos, es decir, objetivos (en el doble sentido de la palabra: conocimiento de su objeto, y conocimiento válido prescindiendo de toda subjetividad). Se defienden como pueden, sus argumentos son tal vez «simples», «groseros» en opinión de sus adversarios, puede incluso que se equivoquen en la idea que se hacen de como pueden resolverse las contradicciones existentes en la física moderna, pero ¿quién puede garantizar que él mismo no se equivoca? Esos científicos representan una posición muy distinta de la de sus colegas dominados por la filosofía que profesan.

Su existencia nos interesa. Porque si queremos hablar de la filosofía espontánea de los científicos en toda su extensión y en toda su contradicción, debemos necesariamente tener presentes ambos extremos: no sólo a los científicos que fabrican una filosofía que explota las dificultades de la ciencia, sino además a esos científicos que combaten obstinadamente, con todos los riesgos y peligros que ello comporta, defendiendo posiciones muy diferentes.

Prescindo de algunos análisis que serían indispensables para justificar mi exposición en todos sus detalles y voy a lo esencial:

1. Gracias a los elementos que nos proporciona la experiencia de la «crisis» de una ciencia hemos llegado al convencimiento de que existe una relación entre la filosofía y las ciencias, y que esta primera relación puede observarse en los propios científicos, en tanto que portadores de una filosofía espontánea a la que denominamos filosofía espontánea de los científicos (FEC).

2. Entendemos esa expresión (FEC) en un sentido estricto y limitado. Por FEC entendemos no la totalidad de las ideas que los científicos tienen acerca del mundo (es decir, su «concepción del mundo»), sino únicamente

las ideas que tienen en la cabeza (conscientemente o no) y que conciernen a su práctica científica y a la ciencia en general.

3. Por tanto distinguimos rigurosamente entre *a)* la filosofía espontánea de los científicos, y *b)* la concepción del mundo de los científicos. Esas dos realidades están unidas por profundos ligámenes, pero pueden y deben distinguirse. Más adelante veremos en qué consiste la concepción del mundo. La FEC trata únicamente de las ideas («conscientes» o no) que los científicos se hacen de la práctica científica de las ciencias y de «la» ciencia.

4. Si se analiza el contenido de la FEC, se comprueba el siguiente hecho (siempre limitándonos a un análisis empírico): el contenido de la FEC es contradictorio.

Dicha contradicción existe entre dos elementos que pueden distinguirse e identificarse así:

*a)* Un Elemento de origen interno «intracientífico» al que denominaremos ELEMENTO 1. En su forma más «difusa», este Elemento representa «convicciones» o «creencias» derivadas de la propia experiencia de la práctica científica, inmediata y cotidiana: «espontánea». Si se elabora filosóficamente este Elemento puede revestir la forma de Tesis. Estas convicciones-Tesis son de carácter materialista y objetivista. Pueden descomponerse como sigue: 1) creencia en la existencia real, exterior y material del objeto del conocimiento científico; 2) creencia en la existencia y en la objetividad de los conocimientos científicos que proporcionan el conocimiento de este objeto; 3) creencia en la corrección y la eficacia de los métodos de la experimentación científica, o método científico, capaz de dar lugar a conocimientos científicos. Lo que caracteriza el conjunto formado por esas convicciones-Tesis es que no dejan ningún lugar a esa «duda» filosófica que pone en entredicho la validez de la práctica científica, eliminando lo que antes hemos denominado la «cuestión del derecho», la cuestión de las garantías de la existencia del objeto conocido, de su conocimiento y del método científico.

b) Un elemento de origen externo, «extracientífico», al que denominaremos ELEMENTO 2. Este Elemento representa también, en su forma más difusa, cierto número de «convicciones» o «creencias» que pueden elaborarse en forma de Tesis filosóficas. Se refiere, evidentemente, a la práctica científica, pero no tiene en ella su origen. Por el contrario, es el reflejo sobre la práctica científica de Tesis filosóficas elaboradas fuera de esta práctica por «filosofías de la ciencia», religiosas, espiritualistas o idealistas, y fabricadas tanto por filósofos como por científicos. Lo propio de las «convicciones-Tesis» de este Elemento 2 es someter la experiencia de la práctica científica a Tesis, y por tanto a «valores» o «instancias» exteriores a dicha práctica y que, explotando las ciencias, sirven acríticamente a determinados objetivos que pertenecen a ideologías prácticas. Aparentemente, esas «convicciones-Tesis» son tan «espontáneas» como las primeras: en realidad, están muy elaboradas y si aparecen como espontáneas es sólo porque su propia dominación hace que parezcan «evidencias» inmediatas. Ciñéndonos a un solo ejemplo, esas «convicciones-Tesis» esconden, en los diversos matices de su formulación, la huella de la «cuestión del derecho», que puede adoptar numerosas formas: discusión de la existencia exterior material del objeto (que es sustituido por la experiencia), discusión de la objetividad de los conocimientos científicos y de la teoría (sustituida por los «modelos»), discusión del método científico (sustituido por las «técnicas de validación»), o también poner el acento en el «valor de la ciencia», en el «espíritu científico», en su «virtud crítica» ejemplar, etcétera.

Teniendo en cuenta toda la problemática aparecida en los conflictos que oponían entre ellos a los científicos inmersos en la pseudocrisis de la ciencia (esta problemática es claramente el materialismo), podemos razonablemente calificar el Elemento 1 de Elemento «materialista» y el Elemento 2 de Elemento «idealista» (en el sentido amplio de las tres filosofías: religiosa, espiritualista y crítica que brevemente hemos analizado ya con anterioridad).

5. En la filosofía espontánea de los científicos (FEC) el Elemento 1 (materialista) es, en la inmensa mayoría de los casos (salvo excepciones que por eso mismo son muy notables), dominada por el Elemento 2. Esta situación reproduce, en el interior de la FEC, la relación de fuerzas filosófica existente en el mundo en que viven los científicos que conocemos, entre el materialismo y el idealismo, con el dominio del idealismo sobre el materialismo.<sup>2</sup>

Nada es tan «evidente» como este último punto. Incluso suponiendo la presencia de científicos que sepan qué es la filosofía, cuáles son los conflictos que en ella ocurren y qué relaciones mantienen éstos con las grandes luchas políticas e ideológicas de este mundo, aunque esos científicos admitan de buen grado que en materia social, política, ideológica, moral, etc., el materialismo es dominado masivamente por el idealismo (lo cual reproduce en la teoría la dominación de las clases explotadas por las clases explotadoras), vacilarán en reconocer la misma relación de fuerzas en el interior de su propia FEC. Nuestra tarea será, por tanto, hacerles ver esto último.

Para comprender verdaderamente este punto sería preciso un prolongado análisis teórico e histórico. Faltos de tiempo, también aquí deberemos limitarnos a la producción de hechos empíricos simples, a fin de procurar hacer «sentir» esta realidad decisiva. Pero, aun en el caso de esa «exhibición», no debo esconder la dificultad de nuestra tarea: dificultad debida a que deberemos «trabajar» en lo «espontáneo», es decir, en formas de «representación» que se dan con una evidencia inmediata a la que hay que dar la vuelta o que descubrir. Ahora bien, nada es más difícil de voltear o de «descubrir» que la evidencia.

Pensad por ejemplo en lo que ocurre entre vosotros, científicos, y yo, que soy filósofo. Cuando un filósofo habla, como estoy haciendo yo, del Elemento 1 de la FEC denominándolo «intracientífico», se le entiende fácilmente, ya que la mayoría de los científicos no dudan de la existencia

2. Acerca de todos esos puntos, véase el ejemplo analizado en el «Apéndice» a propósito de Monod.

de su objeto, de la objetividad de resultados (conocimientos), ni de la eficacia del método empleado. Pero si el filósofo denomina a este Elemento 1 materialista, entonces ya no es comprendido por todos los científicos. Algunos sí le comprenden: en la actualidad, los especialistas de las ciencias de la tierra, los naturalistas, biólogos, zoólogos, fisiólogos, etc. Para todos esos científicos, las palabras materia, materialismo, y el adjetivo materialista, expresan algo que es esencial a su práctica científica: son, en su opinión, «correctas». Pero si pasamos a otras disciplinas, la cosa varía notablemente.

Si prescindimos de los matemáticos (algunos de los cuales se preguntan incluso si su objeto «existe») y, salvo algunas excepciones, de los especialistas de las ciencias humanas (que por lo general no se considerarían materialistas), quedan dos ciencias que, sin embargo, se refieren a la materia: la física y la química.

Físicos y químicos son, en lo que se refiere a sí mismos, muy reservados y muy modestos. Intentaré, pues, hablar en su nombre, y ellos mismos me dirán a continuación si he acertado o si estoy equivocado. Si actualmente se les dice a los físicos, a los químicos, que poseen una filosofía espontánea de científicos, que ésta es contradictoria y que contiene un elemento «intracientífico» y un elemento «extracientífico», uno derivado de su práctica y el otro importado, no responden negativamente. Eso no les parece inverosímil. Pero cuando se les dice que el Elemento 1 («intracientífico») es de carácter materialista, y especialmente cuando se precisa que este elemento tiene como centro la unidad de estos tres términos: objeto exterior existente materialmente / conocimientos o teorías científicas objetivos / método científico —o, más esquemáticamente, objeto / teoría / método— tienen la impresión de que se les habla en un lenguaje no escandaloso, pero sí extraño a sus oídos, porque es indiferente al contenido de su propia «experiencia». Eso significa que, para ellos, las cosas se presentan espontáneamente con otros términos. Y si entonces se les pide su opinión, es muy probable que sustituyan el conjunto *objeto / teoría / método* por otro conjunto mucho más «moderno» en el que se hablaría

de «datos de experiencia», de «modelos» y de «técnicas de validación», o más esquemáticamente: *experiencia / modelos / técnicas*.

Pero bien pudiera ser que eso no tuviera demasiadas consecuencias: al fin y al cabo las palabras son sólo palabras y basta con rehacer las convenciones para cambiarlas. Desgraciadamente, en estas materias no puede introducirse cualquier convención, ya que las palabras no se eligen sin motivos, ni tampoco sin motivos son sustituidas unas por otras. Para no hablar más que de esta palabra de apariencia perfectamente inocente: «experiencia» (o bien «datos de experiencia»), es preciso saber que del lugar que ocupa en el segundo conjunto ha desplazado en realidad a otra expresión: objeto exterior materialmente existente. Con este objetivo fue entronizada por Kant contra el materialismo y afianzada en este lugar por la filosofía empiriocriticista de la que ya hemos hablado. Cuando se sitúa así a la experiencia (que es algo muy distinto de la experimentación) en primer plano, y cuando se habla de «modelo» en vez de hablar de «teoría», no sólo se están sustituyendo dos palabras: se está provocando un cambio de sentido, o mejor aún, se recubre un sentido con otro, y se hace desaparecer el primer sentido, materialista, bajo el segundo, idealista. En este equívoco imperceptible para ellos, se establece el dominio del Elemento 2 sobre el Elemento 1 en la FEC de numerosos físicos y químicos. Lo cual prueba que no basta con que una ciencia se refiera a la «materia» para que automáticamente sus especialistas reconozcan ser materialistas. Lo que prueba también, en los hechos, que entre los dos Elementos de la FEC tiene lugar una extraña dialéctica: uno de los Elementos puede recubrir al otro, hasta el punto de hacer que éste desaparezca por completo, bajo la apariencia de «dar cuenta» de la misma práctica que él.

En cualquier caso, y limitándonos a esa dominación, provocada por este cambio de sentido, ésta no siempre ha existido en la historia de la física y de la química, o de todas las ciencias «experimentales» que piensan su práctica mediante el conjunto «experiencia/modelo/técnica».

ca». Hace cien años, los físicos y los químicos usaban al hablar de su práctica un lenguaje muy distinto, muy cercano al que usan hoy día los científicos de la tierra y de la vida. Si nuestros amigos científicos dedicaran parte de su tiempo al estudio de la historia de su disciplina y de la representación que de ésta se hacían sus propios predecesores, encontrarían interesantes documentos que prueban cómo y bajo qué influencias se ha operado este cambio en la terminología de su FEC, que concluye con la dominación del Elemento 2, extracientífico, sobre el Elemento 1, intracientífico. Finalmente, podemos afirmar, como consecuencia de lo que llevamos dicho, que para descifrar el contenido de una FEC es indispensable recurrir a la historia de las ciencias y a la historia de la FEC, la cual depende a la vez de la historia de las ciencias y de la historia de la filosofía.

Intentemos, sin embargo, hacer «sentir» una vez más esta denominación a propósito de un ejemplo distinto, inverso.

Si se reconoce la existencia de esos dos elementos contradictorios en la FEC, y la dominación del Elemento 2 sobre el Elemento 1, si se sabe que el Elemento 2 está orgánicamente ligado a filosofías que explotan las ciencias con fines apologéticos, en provecho de «valores» de las ideologías prácticas no conocidas y no criticadas, es evidente que los científicos están interesados en transformar su FEC de manera crítica, a fin de reducir las ilusiones contenidas en el Elemento 2 y cambiar la relación de fuerzas existente, para situar al Elemento 1 «intracientífico» y materialista en posición dominante.

Ahora bien, cuanto más evidente es este interés, tanto más la experiencia muestra que esta inversión de la relación de fuerzas interna a la FEC, es decir, esta transformación crítica de la FEC, es prácticamente imposible (salvo casos límite que convendría estudiar) si se cuenta sólo con el juego interno de la FEC. En otras palabras: en el caso (el más general) en que el Elemento 2 domina al Elemento 1, es imposible invertir esta relación de fuerzas sin ayuda del exterior. Al estar el Elemento 1 dominado por el Elemento 2 no puede sobrepasar al Elemento 2

mediante una simple confrontación interna crítica. Más claramente, la FEC es por regla general incapaz de criticarse a sí misma si cuenta únicamente con el juego de sus propios contenidos.

¿Cuál puede ser esta ayuda exterior, esta fuerza capaz de alterar la relación de fuerzas interna a la FEC? En principio, sólo puede tratarse de una fuerza de la misma naturaleza que las fuerzas en presencia: una fuerza filosófica. Pero no cualquier fuerza filosófica, sino una fuerza filosófica capaz de criticar y de reducir las ilusiones idealistas del Elemento 2, apoyándose para ello en el Elemento 1; por tanto, una fuerza filosófica emparentada con la fuerza filosófica del Elemento 1, es decir, una fuerza filosófica materialista que, en lugar de explotar, respete y sirva a la práctica científica.

Que todo eso concierne a la filosofía, a las relaciones de fuerzas filosóficas y, por consiguiente, en última instancia, a la lucha filosófica, eso de alguna manera los científicos lo saben. Por poco que conozcan su pasado, saben muy bien, por ejemplo, cuánta ayuda recibieron las ciencias experimentales del siglo XVIII de las filosofías materialistas de entonces. Y bajo la cobertura de la gran Historia de las Luces, los científicos saben muy bien cuál era el objetivo del combate en la representación que los hombres de aquel tiempo (los curas y sus intelectuales por un lado, enciclopedistas materialistas por otro) se hacían de las ciencias y de la práctica científica: se trataba de liberar los «espíritus» de una falsa interpretación de la ciencia y del conocimiento, a fin de conseguir que triunfase sobre ésta una representación «correcta» o más «correcta». Se trataba de una lucha para transformar la FEC existente: y en esta lucha, para poder desequilibrar la relación de fuerzas, los científicos tenían necesidad de los filósofos y se apoyaban en éstos.

Claro que todo eso no siempre ocurre a la luz del día, como en este ejemplo. Pero al igual que nuestra «crisis de la ciencia» nos descubría al filósofo que duerme en cada científico, esa explícita alianza de los científicos y los filósofos de la Ilustración, bajo la consigna común del «materialismo», nos muestra la condición sin la cual la

relación de fuerzas entre el Elemento 2 y el Elemento 1 no puede alterarse en la FEC. Esta condición es la alianza de los científicos con la filosofía materialista, la cual aporta a los científicos la ayuda de una fuerza indispensable para reforzar el elemento materialista en su lucha por reducir las ilusiones religiosas-idealistas que dominaban su FEC. No cabe duda de que, entonces, las circunstancias eran «excepcionales», pero una vez más el ejemplo sirve para hacernos ver «en letras mayúsculas» lo que, en el curso «normal» de las cosas, está escrito «en letras minúsculas», ilegibles incluso. Y ya que estamos hablando de esta gran alianza de la filosofía materialista y de los científicos en el siglo XVIII, ¿por qué no recordar que la consigna bajo la cual se estableció dicha alianza, *materialismo*, fue aportada a los científicos por los filósofos que querían serles útiles y que en líneas generales, y a pesar de las deficiencias (mecanicismo, etc.) de este materialismo, les fueron en este aspecto verdaderamente útiles?

Pero al mismo tiempo, y siguiendo con nuestro ejemplo, hay que tener muy en cuenta los límites objetivos de esta alianza. En efecto, el «materialismo» que acudía en auxilio de las ciencias y de los científicos, les protegía ante todo del poder y de la impostura religiosos. La «línea de demarcación histórica» de esta época pasaba por aquí: entre el «saber religioso», que no era otra cosa que dogma y «oscurantismo», que pretendía dirigir todo el conocimiento posible, y el saber científico, abierto y «libre» ante el inacabable descubrimiento del mecanismo de las cosas. Pero este mismo «materialismo» estaba sometido, en su propia representación de la «Verdad», a la dominación de otro idealismo: jurídico, moral y político. No por azar el materialismo del siglo XVIII fue también el materialismo del «Siglo de las Luces». En el gran símbolo de la Ilustración, que la lengua alemana traducía por una palabra aún más explícita: *Aufklärung*, alumbramiento, iluminación (que no tiene nada que ver con la mística del «iluminismo»), los científicos y los filósofos de aquel tiempo vivían también una gran Ilusión: la de la omnipotencia histórica del conocimiento. Vieja tradición, que procede de tiempos muy lejanos, ligada indudablemente

al «poder» atribuido, en la división del trabajo, a quienes detentaban el «saber» (pero tengamos en cuenta que no existe un «poder del saber» que no esté ligado al «poder» a secas): exaltación de la omnipotencia del Conocimiento sobre la Ignorancia. Basta con que la Verdad aparezca para que, así como la luz del día expulsa la noche, se disipen todas las sombras: errores y prejuicios. Este «pensamiento» no ha cesado nunca de inspirar a los científicos, incluso a los contemporáneos. Siempre les queda en algún rincón de la conciencia la certeza de que, poseyendo la ciencia y la experiencia de su práctica, poseen verdades excepcionales, además de la Verdad, que no dudan que algún día será finalmente reconocida y transformará el mundo, como son las «virtudes» de su adquisición: honestidad, rigor, pureza, desinterés —sobre las cuales creen firmemente que pueden construir una Ética. ¡Y creen que todo eso les viene de su propia práctica! ¿Cómo no creerlo si son en su práctica honestos, rigurosos, puros y desinteresados? Estas «evidencias» son las más difíciles de vencer. Porque volviendo al siglo XVIII, en él vemos «tan claramente como la luz del día», que esta convicción de la omnipotencia de la verdad científica provenía de algo muy distinto de las ciencias propiamente dichas: de la «consciencia» jurídica, moral y política de los intelectuales de una clase ascendente, segura de alcanzar el poder por la evidencia de la Verdad y de la Razón, y que situaba de antemano la Verdad en el poder para así ocuparlo. En su filosofía de la Ilustración, los científicos y los filósofos del XVIII, por materialistas que fueran en su lucha contra la religión, no por eso dejaban de ser idealistas en su concepción de la historia. Y es de su idealismo histórico (jurídico, moral, político) de donde les venía en último término la concepción idealista que tenían de la omnipotencia de la Verdad científica. Quienes actualmente (como es el caso de Monod) repiten, bajo diferentes modalidades, esos mismos principios, están convencidos, como también lo estaban sus antecesores, de que sólo hablan de su propia experiencia de científicos, cuando en realidad están hablando de algo muy distinto: de una filosofía de la historia que se presenta con amargura



y con desilusión, —es fácil de comprender por qué— a la que reflejan a propósito de su práctica científica y sobre ella.

¿Por qué hemos mencionado tantos detalles? Para llegar a la siguiente conclusión. En la contradictoria historia del materialismo de la Ilustración puede verse cómo actúan las condiciones de la inversión de la relación de fuerzas entre el Elemento 1 y el Elemento 2, y los límites de esa inversión. Las *condiciones*: el materialismo de los filósofos fue incontestablemente útil a la práctica científica de la época, reforzando el Elemento 1 contra las imposturas religiosas del Elemento 2 que en aquel tiempo dominaban al Elemento 1. La alianza de los científicos con el materialismo fue útil a las ciencias. Los *límites*: pero al mismo tiempo que modificaba la anterior relación de fuerzas, la contradicción del materialismo de los filósofos de la Ilustración (idealistas en historia) sirvió, de hecho, para restaurar la vieja relación de fuerzas: sometiendo el Elemento 1, materialista, a un nuevo Elemento 2, idealista. Un nuevo Elemento 2 que recogía, bajo la ilusión de la omnipotencia de la Verdad, es decir, del conocimiento científico, todos los argumentos del empirismo que entonces imperaba.

En la medida en que este análisis, que no es más que uno de los muchos que podrían hacerse, posea algún valor indicativo, verifica, aunque en este caso a la inversa, y (cosa aún más interesante) de manera contradictoria, nuestra Tesis de la dominación del Elemento 2 sobre el Elemento 1, y de la impotencia de la FEC para cambiar su relación de fuerzas internas, para criticarse a sí misma. ¿Acaso es necesario decir que las ilusiones que se hacían los filósofos y los científicos de la Ilustración recibieron de la historia golpes terribles? No fueron sus ideas las que, «reformando el entendimiento», haciendo que se reconociera la «Razón», situando la Verdad en el poder, cambiaron el mundo: eso lo hicieron las masas populares, campesinos y plebeyos, «sin Luces» pero con harapos, cuando éstas surgieron en la Revolución. Como tampoco fueron sus representaciones «luminosas» de la práctica científica las que hicieron que las ciencias avanzaran,

sino el trabajo ingrato de algunos hombres que conseguían progresar, a veces a causa de esas ideas, pero generalmente a pesar de ellas, gracias a otras ideas. Astucias de la «Razón».

Si aceptáis seguir nuestros razonamientos, podremos extraer de este ejemplo algunas consecuencias.

Espero, en primer lugar, haberos hecho «sentir» que la relación de fuerzas internas a una FEC no puede ser modificada mediante una «crítica» inmanente: sino que para ello se precisa una fuerza de apoyo, y que esta fuerza de apoyo no puede ser sino filosófica y materialista.

Espero, en segundo lugar, haberos hecho comprender que esta relación contradictoria entre los Elementos de la FEC, al igual que la filosofía materialista que puede intervenir en el conflicto entre éstos, no existen desde toda la eternidad, sino que pertenecen a una coyuntura histórica definida. En esa coyuntura desempeñan un papel no sólo el estado de las ciencias, la división científica del trabajo, las relaciones entre las diversas ciencias, y eventualmente la dominación de una ciencia sobre las otras a las que impone su propia práctica como la práctica científica tipo, etc. —sino además el estado de la FEC dominante y el estado de las filosofías existentes, las ideologías prácticas y los conflictos de clase. Si se olvida esa realidad histórica, y sus formas necesariamente contradictorias, entonces se hace imposible la comprensión de todo lo que se refiere a las condiciones de su transformación.

Espero, por último, haber puesto de relieve que la filosofía materialista que puede servir de punto de apoyo a las fuerzas del Elemento 1 en su lucha para transformar de manera crítica las fuerzas del Elemento 2, debe ser distinta de la filosofía materialista que se alió con los científicos del siglo XVIII contra la Iglesia, la filosofía y la ideología religiosa. La razón es que esta última filosofía, materialista en un aspecto, era idealista en otro, y los servicios que hacía a las ciencias por un lado, se los cobraba por otro, repitiendo así, en su FEC, bajo una nueva forma, la vieja dominación del idealismo (Elemento 2) sobre el materialismo (Elemento 1).

Si eso es cierto, podemos quizás ya definir las condicio-



nes de una nueva Alianza entre los científicos y una filosofía materialista que respete y sirva a la práctica científica.

1. No pueden ser condiciones generales (del tipo: los científicos tienen necesidad de la filosofía), sino condiciones específicas que por encima de todo tengan en cuenta las relaciones de fuerza históricas.

No basta con reconocer la existencia en la FEC de dos Elementos y su contradicción; ni con identificar uno como materialista y otro como idealista; ni con admitir que el segundo domina por regla general al primero. Hay que ver en cada caso la forma actual, histórica, de esos dos elementos y de su contradicción. Ya que —y eso es un hecho observable— la forma de la representación de la práctica científica, la forma de su contradicción varía en la historia con la historia de las ciencias y la historia de la filosofía, y, tras esas dos «historias», con la historia de las luchas políticas e ideológicas que se reflejan, al final, en esos dos Elementos. Es preciso identificar la forma histórica actual del antagonismo en la FEC dominante.

He dicho dominante, ya que es también un hecho observable (comenzamos a verlo cuando examinamos la posición de científicos pertenecientes a diversas ramas del saber científico) que no existe una sola y única forma de FEC en una época determinada, sino varias, de entre las cuales una está en posición dominante, y las otras, que tuvieron su época de poder, han debido someterse, pero siguen subsistiendo en posición dominada. Así por ejemplo, el racionalismo mecanicista dominante en el siglo XVII, el racionalismo empirista dominante en el XVIII, el positivismo dominante en el XIX (disculpad esas indicaciones muy esquemáticas), aunque dominadas hoy día por la FEC neopositivista «lógica», subsisten y sobreviven en nuestra propia coyuntura, por más dominadas que estén —y les basta con que surja una «ocasión» propicia, para volver a ocupar, en determinadas disciplinas, el primer plano (así por ejemplo el racionalismo mecanicista cartesiano dominando la FEC en la lingüística de Chomsky o en la biología de vanguardia).

Esta enumeración, como evidentemente habréis visto, no es en absoluto el índice de una sucesión lineal. Es, por el contrario, la huella de una historia conflictiva, que ha enfrentado, en combates duros y enormemente largos, a modalidades diferentes de FEC: como son distintas «maneras de pensar» la práctica científica, «modos de plantear los problemas científicos» (las «problemáticas»), y por último «modos de resolución» de las contradicciones teóricas de la historia de las ciencias. Es precisamente porque esta historia es conflictiva por lo que se resuelve necesariamente con la subida al poder de una nueva «forma de pensamiento», de una nueva FEC, la cual, a partir de un determinado momento, sustituye a las anteriores.

Pero si debe hablarse de una historia conflictiva de las FEC, es preciso entonces considerar toda coyuntura como conflictiva (incluida la nuestra). Y como en filosofía un conflicto nunca se resuelve ni definitiva ni absolutamente, para poder ver claro en este conflicto no basta simplemente con reconocer las fuerzas en presencia: hay que conseguir además acotar la tendencia de resolución de este conflicto, saber de dónde viene para saber a dónde va, a qué «toma del poder» va a dar lugar. De modo que, considerando todas las formas de FEC «estratificadas» que subsisten, y que intervienen directa o indirectamente en el conflicto, y las formas más vivas que se enfrentan en primer plano, hay que discernir cuál es realmente la fuerza ascendente y a través de qué proceso contradictorio está abriéndose camino a fin de alcanzar la posición dominante. Más adelante veremos cuál es hoy día esta FEC ascendente: el neopositivismo lógico.

2. Las condiciones de la Alianza entre los científicos y la nueva filosofía materialista deben ser particularmente claras. Repito que se trata de una Alianza mediante la cual la filosofía materialista aporta su ayuda al Elemento 1 de la FEC a fin de luchar contra el Elemento 2 de la FEC: para modificar la relación de fuerzas, dominadas por el idealismo del Elemento 2, a favor del Elemento 1.

Gracias a esta Alianza, la filosofía materialista puede

intervenir en la FEC, y únicamente en la FEC. Lo que significa: la filosofía solamente interviene en la filosofía. Por consiguiente se prohíbe a sí misma toda intervención en la ciencia propiamente dicha, en sus problemas, en su práctica. Eso no quiere decir, sin embargo, que exista una separación radical entre la ciencia por una parte y la filosofía por otra, que la ciencia sea un campo reservado a lo exclusivamente científico. Lo que sí quiere decir es que el papel de las categorías filosóficas e incluso de las concepciones filosóficas en la ciencia, de las que no hemos hablado aún,<sup>3</sup> se ejerce, entre otras modalidades, a través de la FEC, y que la intervención filosófica de la que estamos hablando es una intervención de la filosofía en la filosofía. Se trata una vez más de desequilibrar la relación de fuerzas internas a la FEC de manera que la práctica científica deje de ser explotada por la filosofía, y en cambio sea servida por ésta.

Se comprende así por qué insistimos tanto en el carácter innovador de la filosofía materialista, de la cual la práctica científica puede esperar que la sirva. Porque, para servir a la práctica científica, esta filosofía materialista debe estar en condiciones de combatir todas las modalidades de explotación idealista de las ciencias, y, para poder estar en condiciones de combatirlas con conocimiento de causa, esta filosofía materialista debe ser capaz de dominar mediante el conocimiento y la crítica los lazos orgánicos que la unen a las ideologías prácticas de las que, como cualquier otra filosofía, depende. Ya hemos visto antes gracias a qué condiciones este control crítico era posible solamente en el caso de una filosofía materialista ligada a los descubrimientos mediante los cuales Marx abrió el camino al conocimiento de los mecanismos de las «relaciones sociales ideológicas» (Lenin), es decir, de la función de las ideologías y de sus antagonismos de clase.

3. Puede sostenerse perfectamente la idea de que las categorías filosóficas —cuando son «correctas»— funcionan como relación de producción y de reproducción de los conocimientos científicos.

Pero, si eso es cierto, se comprende también que no se trata de una simple «aplicación» de una filosofía ya hecha a una FEC determinada. Puesto que, suponiendo que se tratara de la aplicación de una filosofía ya hecha, perfectamente elaborada y dueña de todas sus categorías, no puede esperarse que opere el milagro. La relación de fuerzas no se invertirá instantáneamente, las ilusiones idealistas no serán inmediatamente barridas. Si así pensáramos estaríamos reproduciendo en el interior de una filosofía formalmente materialista, lo esencial de la concepción idealista de la Ilustración: a saber, la omnipotencia de la Verdad que disipa las tinieblas del error. Aunque dispusiéramos de una filosofía materialista, no tendríamos la práctica materialista de esta filosofía materialista. Habríamos olvidado que todo este tinglado es una lucha. La Alianza que nosotros proponemos no se reduce a un simple protocolo de acuerdo, que se firma y se difunde pero con el que todo sigue estando por hacer: el largo y penoso trabajo, que es un combate, para ganar terreno al adversario, para desmontar sus argucias y prevenir sus maniobras, el largo y penoso combate para afrontar las formas imprevistas que pueden surgir del desarrollo de la práctica científica propia, y de las que el adversario sabrá siempre sacar provecho. Cuando los aliados se ponen de acuerdo para unir sus fuerzas, deben saber que emprenden una lucha común, pero que es al mismo tiempo una lucha que no tiene final. Y una lucha tanto más violenta por cuanto nosotros seguimos viviendo en una situación en la que el idealismo es dominante, y lo será durante mucho tiempo aún, en la conciencia de los intelectuales, incluso después de la revolución.

En todo este último párrafo hemos, en cierta manera, supuesto que la filosofía materialista estaba ya hecha y con sus argumentos bien consolidados. Ahora bien, resulta que la realidad es muy otra. Los científicos a quienes proponemos esta Alianza deben saber cuál es la filosofía materialista con la que se alían. Si la filosofía es lucha, y si, en esta lucha, es la filosofía idealista la que domina, eso significa inevitablemente que la filosofía materialista dialéctica debe constituirse en esta lucha, debe con-

quitar poco a poco, en esta lucha, sus propias posiciones sobre las del adversario a fin de poder acceder a la existencia de una fuerza histórica. Así como la filosofía materialista no detenta la «verdad» de las ciencias, tampoco pretende presentarse a sí misma como una verdad establecida. Claro está que nosotros podemos enunciar cierto número de Tesis de base, que comienzan así a constituir un cuerpo de categorías: y estas Tesis se ponen a prueba en la lucha contra las Tesis idealistas. Pero no constituyen un «sistema», como ocurre en las filosofías idealistas: el sistema de una Verdad total y cerrada. Si la filosofía materialista dialéctica es efectivamente, con conocimiento de causa, una fuerza de combate en la teoría, debe, sobre la base de un mínimo de principios firmemente asentados que aseguren su posición, ser lo suficientemente móvil como para poder dirigirse allí donde la lucha la llame, y formarse, es decir, constituirse en la misma batalla.

¿Alguna vez se ha ofrecido a los científicos una alianza así? Es en efecto una alianza harto singular: porque respeta a las ciencias en el terreno que les es propio; porque no pide el auxilio de la filosofía más que para intervenir en la filosofía que explota las ciencias; porque en lugar de prometer un milagro, anuncia una lucha conducida con conocimiento de causa, y una lucha que no tiene final; porque en lugar de la intervención de una filosofía ya hecha, advierte que la filosofía deberá hacerse en esa intervención. ¿Habéis oído hablar alguna vez de una filosofía que ande con tantas precauciones a la hora de ofrecer sus servicios?

Pues bien, os invitamos a formar esta alianza. No esperamos de ella grandes maravillas, porque sabemos en qué mundo vivimos, en el cual las cosas más esenciales, e incluso aquéllas que conciernen a la filosofía espontánea de los científicos, no se resuelven en la cabeza de los intelectuales, sino en la lucha de clases y en sus resultados. Sin embargo, podemos esperar algunos resultados de esta alianza: para científicos como vosotros, y para filósofos como nosotros. Al invitaros a trazar una «línea de demarcación» en vuestra FEC entre el Elemento 1 y el Elemento 2, no nos estamos comportando como

espectadores o como jueces, siempre dispuestos a dar consejos. Al invitaros a firmar la alianza con la filosofía materialista dialéctica, no nos estamos comportando como hermanos mayores que disponen de la fuerza que vosotros necesitáis. Y eso es así porque nosotros nos aplicamos a nosotros mismos la norma que os estamos recomendando. ¿Y cómo? «Trazando» por nuestra parte una «línea de demarcación» en la filosofía, adoptando en la filosofía las posiciones que consideramos más adecuadas para combatir al idealismo.

Creo que si nos habéis seguido hasta aquí, habréis tenido ocasión de convenceros que esa es efectivamente nuestra práctica. Ya desde el principio de esta Introducción hemos podido hablar de la filosofía solamente a condición de ocupar una posición definida en la filosofía. Ahora bien, no se ocupa una posición en la filosofía de la misma manera que el buen salvaje de Rousseau ocupa, en el *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, un rincón de bosque vacío. En filosofía, todo el espacio está siempre ocupado. Para ocupar una posición en este espacio es preciso luchar contra el adversario que lo está ocupando. Y eso no ocurre sin violencias. Claro que todo eso ocurre «con palabras», y nada más fácil de oír que las palabras. Pero esas palabras no son arbitrarias, y además son palabras que deben sostenerse conjuntamente, sin lo cual, desparramándose por todas direcciones, no podrían mantener ningún espacio, ninguna posición. Eso es lo que ha ocurrido aquí entre nosotros. Quizá os habremos dado la sensación de que os soltábamos un discurso preparado de antemano. Pedagógicamente (didácticamente), tal vez; pero filosóficamente, no. En realidad, hemos efectuado lo que hemos conseguido decirlo tras un largo y sostenido esfuerzo: un trabajo de reflexión que es al mismo tiempo una lucha. Y ya que os hemos dado el ejemplo, adelante: ahora os toca a vosotros.